

El minero.

Se escucha el canto del minero
entre las esquirlas de la mina.
Canta en escala de sol mayor
el hambre que acecha venidera.

Con el último relave de la noche
era de ver sus manos como rocas negras,
era de oír sus pasos como golpes afilados.
Eran las preguntas sin aliento que caigan
en sus hirientes magulladuras.
Era su boca astilla de la octava letra,
socavón de la consonante muda,
eran los intervalos del silencio.

Se tintó de tinieblas la mina,
sombras que son insomnes en yacimientos ferrosos,
Era el último aliento del minero,
la última hogaza de pan recién hecho,
expolio de salivas intermitentes,
huidas de versos sin costura.

Los ojos del minero lloran
entre las profundidades,
saben a cielo de estrellas en escalera,
a vagones que van y ya no vuelven,
bajan y se hunden como yunques en la hierva.

Atrás queda las caras negras,
picos y palas polvorientas y maltrechas.
Atrás el hollín en los zapatos
y atrás sus hijos que jugaban en la escuela,
atrás queda el fonema de despedida eterna.

Atrás queda los recuerdos del minero
que acechan su ruinas venideras.
Canta el minero desafinados acordes,
el hambre que acecha venidera.